

Poemas

ISRAEL ACEVEDO MATAMOROS

Apetito nocturno

Nos conocimos los nombres,
las manos, dos calles, los ojos y los labios;
y abrimos un espacio entre la luz del tiempo.
Sin que nos diéramos cuenta,
después de un delirio de colores,
la noche, sigilosa, nos dilató su boca;
serenos, inconscientes, nos hundimos en
un apetito oscuro, helado
desesperado, y lento.
Nunca supimos cómo nos engullía,
anhelantemente, junto con la redondez
del frío, la neblina y el silencio;
ni cómo nos absorbía, con placer,
cada gota de la humedad
de nuestros iris y de las hojas.
El viento, empapado de ansiedad,
quebraba uno a uno los sonidos
que surcábamos en nuestras bocas
y que en bocanadas sostenías ansiosa;
y al final, iris, silencio, palabras
hojas y viento
se enmarañaban crujiendo
en las entrañas de la mañana.
Abrimos los ojos, éramos dos extraños
desnudos, mirando, en el infernal celeste,
la pequeña palidez
del ocaso de una luna plástica.

La verdad

Nunca es delicada;
sin embargo,
se esconde, graciosamente,
entre las flores, los ácidos,
y
los hongos.

Viaja,
entre el humo
de sonrisas, sueños, y saludos;
disimula,
en las poses de la cámara
en la voz del teléfono,
en la mirada
indiferente
y,
se desvanece
en bocanadas
de tristes placeres.

Hasta cuando,
un señuelo
se vuelve delator,
y ella se revela
con su espantosa
certeza,
sin asco,
frontalmente,
en la mirada.

Y la persona
contempla,
incrédula,
la tortura que personifica
su propia matriz:

Se enfrenta al
sabor del vómito de las ratas,
a la putrefacción
de las llagas,
al jugo
amarillento
de un pus

salado
alrededor
de su boca.

Pelea
contra la piel pegajosa
de reptiles
que se restriegan ruidosamente,
que se trepan más allá
de su cuerpo,
y muerden,
y sangran,
y escupen
y vomitan la misma carne
en su cara.

Se resiste,
a la violación
de bestias, gigantes, peludas
que se masturban con sus uñas negras,
a gritos violentos,
en la oscuridad,
de algún rincón de
su propia casa.

Pero, al fin,
todo pasa,
todo pasa,
y ante el terror,
la persona cede, se calma,
se entrega,
sin miedo,
al beso eterno,
carnívoro,
dulce y seco,
de una verdad
enamorada.

Fertilización acuosa

Empapada de piedra y agua
abrió a plenitud la mirada,
ahogó el murmullo del río;
y adentro, las palabras

se reventaban en sucesivos abortos vivos,
perdidos, irremediablemente, en la arena.

Y aguaceros:
en el cielo, en esos ojos,
en el río;
líquidos oscuros que alimentaban
la tierra húmeda;
hundiendo semillas de mi voz
en las zanjas.

Y las pobres palabras, impotentes,
desnudas,
se llenaban de musgo;
petrificadas,
echaban raíces
entre capas de tierra,
gusanos,
y sombras de insectos.

Apagaron la luz sus pupilas
y,
un viento sibilante,
lleno de esqueletos amarillos,
dispersó sus gotas,
las encendió en luces
azules y rojas,
y dejó el suelo
palpitando de frutos,
negros, redondos, y dulces
olorosos a un insoportable
silencio.

Lluvia infantil

Lluvia, agua, y mis botitas rojas;
mi mirada perdida
en la eternidad verde
de hojas golpeadas
por las gotas.

Claridad del barro, música de ramas
la tarde sigue azul, oliendo
a truenos,

augurios de
luces reveladoras en las ventanas.

Todo casi verde, verde agua
entre manos grises, calientes,
y fotos negras, blancas, extrañas,
verde gris, amarilla agua.

Hasta que,
sus luces líquidas
me resbalaron por los ojos
una mancha
que en la calle se ahogaba.

Agua y verde oscuro, barro y luz
grises, fotos, ramas celestes quebradas:
señalan el olor
del ondular,
de una cabellera negra y triste,
unas patas quebradas,
unos ojos locos
que ya no miran
nada.

Atardecer de barriales,
muerte azul de montaña,
en un minuto,
le cultivaron a un niño,
con la sangre más inocente,
que el reloj es una
dulce tempestad
que va borrando
lo que hay en las miradas.

Bolero digo

Niña,
cuando digo
es, fue, estamos, estoy,
sería, estuve, o
seré,
en realidad no digo nada.

Sólo menciono
un puente débil
de madera y vertiginoso
entre
una noche y aquel árbol,
un crepúsculo y un beso,
usted y
un cigarro, un café frío,
un pájaro en el cielo
perdido en aquella locura naranja
de media tarde de febrero.

Niña,
yo sé que no me cree,
pero no sé
en cuál sitio
estoy:
sólo atravieso,
frenéticamente,
de un lado a otro,
perdido en el parpadeo de
minutos,
una cárcel de lluvias,
luces de ciudad,
pequeña, ...
en la crueldad
de la medianía.

Digo, niña,
que me crea,
puede ser que no exista
un antes, ahora, o después;
nada que se cuente febrilmente,
o que se rasgue fácilmente
como un papel.

Entonces, niña,
dígame ese conjuro,
sin miedo, sin lástima, ...sin fe
y voy a callarme,
para saborear la caída,
para rompernos, aterradoramente, la frente
en esas piedras del río
que nos esperan
pero que no se ven.

Proyección de muerte

Cuando al final de la perspectiva,
entre pasillos abultados, negros, y grises
resaltan colores olorosos a sangre
suelen, muchas veces,
desnudarse
preguntas que socavan la tierra,
la mente,
el aire y el fuego,
y manchan, con el tiempo,
la noche
de inciertas constelaciones.

En ellas,
pululan
esa última tarde solitario,
entre la soledad de un café,
ese último árbol,
ese pájaro lejano,
que dibuja círculos y alas en mi retina,
arriba,
orgullosa,
sin llegar a darse cuenta
de que ya no existe más.

Y, de repente,
viene,
ese rostro que,
al inclinarse ante mí,
descubre en mi rigidez
su próxima derrota del amor,
del pecado y las promesas
que bulleron inocentes y tiernas en mi cuerpo.

Ese niño, que encuentra en
mis ojos semiabiertos,
la crueldad de su
espejo.

Ese
brazo, esa lágrima,
maldición,
silencio,
música, risa, ese viento

que me sepultan entre
la tierra y el cemento,
y...
aquella primera mente
que marchite y condene,
al poco tiempo,
una a una mis sombras apasionadas
al injusto destino
del destierro.